

Desde aquí, junto al cadáver que se está quemando, quien con este último acto consuma su paso por esta vida terrenal en cumplimiento de lo que son sus propias creencias, observo a mi alrededor como unos niños, portadores de sendas latas de hojalata con un alambre como asidero, recorren los restos de las piras que ya han acabado con el sacro proceso, a la espera de un próximo *cliente*, para llenarlos con las ascuas que todavía persisten en su ignición y que sus padres utilizarán más tarde como preciado combustible gratuito en los fogones de sus hogares. En las inmediaciones, un perro famélico merodea el lugar, quién sabe con qué intencionalidad, y es entonces cuando decidimos que el momento de dar por finalizada la experiencia ha llegado. Le hago una indicación a nuestro *valedor* en este tétrico acto y comenzamos a desandar las empinadas escaleras hasta ganar la calle. Pago con gusto y en demasía la deuda contraída por los servicios prestados, porque la experiencia vivida lo ha valido con creces, y con las expectativas del día más que cumplidas regresamos a nuestro humilde hotel mientras nuestras pituitarias no dejan de recordarnos durante el trayecto el espectáculo que acabamos de presenciar. Una sensación que persistiría hasta varios días después y que todavía sigo experimentando cada vez que el recuerdo de esta secuencia inolvidable del viaje vuelve a mi memoria.